

EL AMIGO DE LA INFANCIA

Año LXI

Madrid, 2 de septiembre de 1934

Número 35

La fiesta



MUCHAS veces me invitaron a comer con gente rica allá en el Oriente. Una vez el gobernador de una ciudad nos invitó a mí y a algunos amigos míos a una gran fiesta. Empezábamos con la comida; después dejamos aquella habitación para ir a una mayor; en la parte superior de este aposento tenían sofás, o mejor dicho, divanes (camas turcas), tapizados con seda amari-

lla. El gobernador, el juez, el comandante militar y dos o tres notables, más nosotros, estábamos sentados en estos divanes tomando el café y fumando. Mujeres tocaban diferentes instrumentos (musicales) y bailaban. Pero lo que a nosotros nos pareció tan raro fué que todos parecían ser invitados, pero estaban en la parte baja de la habitación; algunos estaban sentados en sillas de

mimbre, otros en el mismo suelo. Todos habían venido en su ropa diaria. Varios de mis criados indígenas estaban allí, y vi hasta al muchacho que solía arrear mi burro cuando salía en él.

De vez en cuando el gobernador se levantaba del sofá y marchaba hacia la parte baja de la habitación, trayendo alguno u otro de los hombres. Siempre nos los presentaba diciendo algo como: "Este es un amigo mío." Una vez trajo un joven guapo, y dijo: "Mi amigo habla el inglés." Me enteré que una señora inglesa, viviendo aquí cuando el joven era niño, le había enseñado el inglés. Durante la tarde el gobernador nos trajo lo menos seis personas diferentes y les invitó a sentarse cerca de nosotros. Otro día, estando yo en Egipto, en una fiesta que daba el virrey de Egipto, vi a algunos de los más pobres labradores del campo allí en la fiesta.

Es una señal segura de que aún tienen las mismas costumbres como en tiempos de Jesús, porque en el Evangelio de San Lucas leemos que cuando él vió a la gente

sentarse en los mejores sitios, les dijo que debieran elegir los sitios más humildes si les invitaban a una fiesta y que debían esperar hasta que el amo de la casa les viera para decirle: "Amigo, ven y sube." Así, dijo Cristo, todos apreciarían a aquella gente modesta.

Niños y niñas siempre debieran ser modestos y humildes, no dándose tanta importancia a sí mismos. A Jesús le gustan los niños humildes, y Él ayudará a cada uno a vencer su orgullo tonto, si pedimos su ayuda. Con su ejemplo delante será más fácil no contestar cuando nos riñen y no hacer muecas de desprecio cuando no nos gusta una cosa.

Más adelante podéis leer en el mismo capítulo que Jesús dice que debiéramos siempre hacer lo que hizo aquel hombre que invitó a la fiesta donde yo estaba, esto es, que debiéramos acordarnos de los pobres y enfermos y de todos aquellos que no pueden devolvernos nada de lo que les damos; porque Dios se encargará de recompensarnos a nosotros.

Un muchacho recto

(Continuación.)

Con estas palabras se volvió, porque le ofrecían un precio que le indignaba en sumo grado. Pero el hombre no se marchó. Respiró profundamente, se acercó al muchacho y le dijo: "Si me das la leña por cinco duros, puedes llevarla a mi casa."

Lorenzo meditó: "¿Lo haré o no lo haré?" Pero hacía tanto frío y faltaba muy poco para que fuese mediodía y tal vez ya no viniese nadie a comprar la leña.

Pero era la cantidad mínima que le había fijado el amo; el muchacho se había imaginado entregar al amo más dinero del que le había indicado, y así podría decir que era un buen negociante. Vaciló por unos mo-

mentos antes de contestar. "¿Y mi propina, me la quitará también?" Entonces el comprador contestó: "La leña está muy bien pagada; pero, sin embargo, te daré una pequeña propina."

Lorenzo se había calmado un poco con lo que le había dicho el señor que le iba a comprar la leña, y entonces se dispuso a llevar la carga al lugar que le indicasen. El señor iba delante del carro, conduciendo al muchacho por un callejón, después a otro, y parecía que este camino era interminable, hasta que por fin llegaron a un barrio muy triste y pararon enfrente de una mísera casa, donde apenas podía entrar el carro por

la puerta del corral. Lorenzo puso una manita sobre sus caballos, pues hacía mucho frío, y se dispuso a descargar; empezó a echar un tronco tras otro al suelo; esto, sin embargo, era un trabajo bastante fastidioso, pues la leña estaba muy bien colocada y las manos del muchacho estaban heladas, y más de una vez se arañó en uno de sus dedos y salía pequeña cantidad de sangre. Sin embargo, el muchacho no se desanimaba, pues sabía que estaba cumpliendo con su deber. De pronto se paró y una sombra pasó por su cara, franca y humilde. El hombre estaba todo el tiempo a su lado contando cada tronco y cada palo lo mismo que si estuviera contando barras de plata. Cuando vió al muchacho indeciso se acercó al carro y dijo: "Pequeño, me has engañado; esta leña es muy distinta de la que se ve por fuera. ¿Y esto me va a costar cinco duros?" Lorenzo no sabía qué contestar; no hacía más que mirar al carro, porque allí no había solamente troncos y leña gorda, sino mucha leña menuda, como aquella que recogen los pobres en el bosque. Solamente por fuera y la capa de encima era leña gruesa, que tapaba lo malo que había debajo.

"¿Qué es esto?—se preguntó el alma cándida del muchacho—. ¿Quién habrá cambiado la leña por la noche? Estoy seguro que mi amo no ha sido, y los criados tampoco habrán entrado al cobertizo por la noche."

Entre tanto varios espectadores se habían reunido en el corral; un zapatero que vivía en un cuarto interior puso su lezna a un lado y salió diciendo: "¿Qué es lo que piden por la leña?" Entonces su vecino le indicó el precio, y al momento el zapatero se dirigió al chico y, gritando más bien que hablando, dijo: "¿No te da vergüenza engañar a la gente de esta manera? Cinco duros por esta leña, ¡habráse visto! Eres un granuja, y te mereces una paliza con los mismos palos. En seguida cargas tu carro de nuevo y te marchas, o de lo contrario te daré una lección con mi correa. ¡Vaya manera de en-

gañar al público!" Lorenzo aún no rompió el silencio. Le habían llamado granuja, embustero. Se puso colorado y estaba a punto de dar una respuesta violenta, pero al mismo tiempo sentía vengüenza. ¿Qué iba a decir! ¿No era verdad lo que había dicho el zapatero? ¿No era, en efecto, un hecho vergonzoso? Pero a quien tenía que acusar para disculparse él a sí mismo? ¿A su padrino, a su bienhechor, al amo, que le conocían por todo el pueblo como el hombre más honesto y generoso? Y el muchacho se calló. Bajó despacio del carro, se acercó a la leña que aun estaba en el suelo mientras que la sangre corría por sus dedos. Quiso empezar a cargar el carro de nuevo, cuando el hombre que hasta ahora había presenciado la escena sin decir una palabra, se le acercó y le dijo: "Déjalo ya y acaba de descargar."

Pero el zapatero les interrumpió y gritó: "Pero usted no pagará cinco duros a este bribón". (Y dirigiéndose a Lorenzo): "Tres duros y ni un céntimo más te daré, si te conviene, y si no te marchas corriendo a pasear". Viéndose tratado tan duramente el pobre chico le entraron ganas de llorar. "Pero mi amo quiere cinco duros y me ha dicho que no rebaje ni un céntimo".

Cuando el zapatero quiso meterse de nuevo, el otro le alejó de allí por un momento, cogiéndole del brazo y diciéndole algunas palabras al oído. Entonces se encogió de hombros y volvió a su taller.

Pronto estaba de nuevo en su trabajo y golpeando fuertemente el cuero, como si de esta manera quisiera desahogar su rabia; de vez en cuando echó miradas rabiosas al chico del corral.

Este, entre tanto, había descargado el carro y con la cara avergonzada estaba delante del hombre que, sencillamente, le dijo: "Está bien". A continuación, seguido por Lorenzo, subió por una escalera estrecha y abrió una puerta. Lorenzo aguardó unos momentos, pero el otro había dejado la puerta entreabierta y se podía ver lo que había dentro.

En el pasillo no hacía más frío que en la lóbrega habitación donde se veían los cristales cubiertos de hielo. Sobre un miserable catre estaba una mujer enferma. Ahora se dió cuenta Lorenzo por qué aquel hombre iba tan desabrigado; su abrigo servía de manta en la cama de la mujer, para guardarla del frío tan intenso.

Cuando el hombre se acercó a la cama, la dijo con cariño: "Pronto ya no pasarás frío, pues he comprado leña y voy a encender lumbre".

"¿Has comprado leña? Pero ¿de dónde has sacado el dinero?"

Otra vez se sonrió él, como si dispusiese de miles de pesetas.

"No te preocupes, dijo, ¡es último de mes y me han pagado en la oficina!"

"Ya te han pagado el dinero adelantado y todo por mí. ¡Oh, esta enfermedad tan larga, ojalá se acabase pronto todo!"

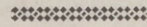
El esposo se inclinó sobre ella y la dijo, con palabras consoladoras: "No hables así; todo lo quiero soportar menos esto; esto me parte el corazón y me quita todos los ánimos. Dios no nos abandonará y, por lo tanto, tú mejorarás pronto."

Lorenzo estaba tan cerca de la puerta, que no se le escapó ni una palabra, aunque el hombre no se había dado cuenta que el chico estaba detrás. Ahora se acercó al armario y sacó todo su tesoro que eran seis duros. Uno se guardó en el chaleco y buscó de su bolsillo calderilla, sacando por fin dos reales. Ahora se acercó a la puerta y vió con sorpresa que estaba el muchacho allí. Lorenzo tomó el dinero casi mecánicamente, pero cuando el hombre le iba a dar la propina, no la tomó y salió corriendo, porque le remordía la conciencia de lo que había visto y oído.

Arreó sus caballos, salió del corral y de la ciudad, pues ya no tenía ganas para nada.

(Continuará.)

El globo azul.



Miraba un niño asombrado,
con expresión cariñosa,
un globo de azul pintado,
por un hilo sujetado
a su mano cuidadosa.

El globo, con lento vuelo,
en el aire se mecía...
y el hermoso pequeñuelo,
con infantil alegría,
por verlo, miraba al cielo.

A pesar de su viveza
y su alegre desaliño...,
cierto sello de tristeza
marchitaba la pureza
de la sonrisa de niño.

¡Ay! Que cuando preguntaba
por su madre con amor,
"¡Está en el cielo!", escuchaba;
y en el cielo la buscaba
con inocente candor.

Miraba el globo tranquilo
el niño, con dulce arrobó,
cuando, rompiéndose el hilo,
remontóse al cielo el globo
cual si en él buscase asilo.

No produjo al tierno niño
pena, llanto ni agonía
ver que el globo se perdía...;
antes bien, en su semblante
se retrató la alegría,
y se dijo por consuelo,
siguiendo su raudó vuelo:

"¡Oh! ¡Qué de prisa va!
¡Mejor! ¡Cuando llegue al cielo,
mi madre... lo cogerá!"

Copiado por *Antonia Pérez Velázquez*

Puerto Real (Cádiz).

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN: *Por un año:* En España y Repúblicas Americanas, ptas. 3,00
(25 centavos oro); en los demás países, ptas. 4,50.

Librería Nacional y Extranjera: Caballero de Gracia, 60 - Madrid.

Imp. Castilla-Marqués de Urquijo, 10